

ESTA VEZ MI deseo era entrevistar a alguien que supiera de nuestra región, como el que más. Me dirijo a conversar con el tiempo y este diligentemente me envía al Cementerio local..... mi entusiasmo es grande, puesto que la historia del camposanto debe ser cosa "viva", pero, la verdad es que el Sr. tiempo, me ha enviado a una tumba muy especial.

Se trata del lugar donde están, y no solo, los restos del famoso José Joaquín Vallejo Borkoski, más conocido por Jotabeche. Naturalmente no deseo desperdiciar la entrevista con lo que todos ya sabemos, o creemos saber, de modo que como asiento en la losa de cemento, bajo unos maderos artísticamente colocados sobre su tumba y sostenido por cuatro pilares metálicos, se me antoja que podrían servir para sostener unas deliciosas patras de la zona, creo que a José Joaquín le gustaría que así fuera.

El lugar se ve algo descuidado, a pesar de que un grupo de poetas vecindados en Copiapó y admiradores de él, lo haya arreglado año y medio atrás más o menos.

Pero vamos poniendo mano a la obra. Pregunto a Jotabeche esas cosas que un día las dejó en el papel bajo la inspiración de su pluma.

—Don —José, ¿Ud. Conoció Copiapó de antaño, qué impresión le dejó la ciudad en su juventud?

—En mi juventud visité Copiapó ante había estado aquí puesto que es mi ciudad natal, a pesar que algunos como Oriel Álvarez y otros me quieren hacer aparecer nacido en Vallenar. Bien, como decía: en aquella época de mi visita un terremoto espantoso acababa de asolarla. Las gentes las habían abandonado casi del todo y vagaban por los áridos peñascos de las inmediaciones llorando sus perdidos hogares y aplacando con penitencia la cólera Divina. Sus calles, señaladas entonces por líneas paralelas de escombros, inspiraban una abrumadora tristeza. Nada más melancólico que la vista de un solar de un pueblo donde ya nadie habita. Este cementerio tiene más señales de vida. Las cruces, los epitafios y estos mismos sepulcros que la vanidad rodea de aparatos, nos revelan una existencia, la existencia de la eternidad; pero una ciudad desierta es la imagen del caos, el tipo de la destrucción total del universo.

—¿En qué fecha ocurrió esto?

—Fue el diez de marzo de 1819, fecha en que dejó Copiapó en compañía de varias familias que emigraban al Huasco y La Serena.

—Pero con el tiempo la ciudad cambió ¿Cómo la vio después?

—Veintidos años después volvía a pisar este suelo, que en aquel tiempo ofrecía la pintura de una maldición. ¡Qué diferencia!

El comercio, la agricultura, las artes y el lujo habían borrado con sus riquezas hasta la memoria misma de esos tiempos.

Reporteando a la región Una entrevista al tiempo

por: JULIO A. CORTEZ P.

—Dígame don Joaquín ¿Cómo eran las mujeres de Copiapó en esos tiempos?

—El bello sexo de Copiapó era como el más bello de todas partes, con lo que creo hacer su elogio.

—¿Qué colección de ojos tan variados! me sentía arrebatado por unos ojos dormidos, cuya interesante tristeza llena de alegría el alma; por unos hoyuelos, por un lunarcito..... y por otros mil pequeños tesoros que en aquellos tiempos codiciaba de día, y halagaban mi fantasía en las visiones de la noche.

—Ya que Ud. habló de riquezas, estas naturalmente se debían a Chañarillo, ¿Cómo era este poblado tan famoso?

—Vi esta población, no de casas sino de cuevas. Vi un cerro cubierto de agujeros redondos, semejantes a un madero horadado por la polilla.

Las minas de laboreo pasaban de ciento. En menos de diez años el mineral había producido más de doce millones de pesos. Y si se hubiera podido avaluar en dinero la cuarta parte de las esperanzas fundadas en él, muchos guarismos se emplearían en expresarlos.

—Para hacer fortuna había que trabajar duro, según se ha dicho, pero es válido para todas las épocas. Díganos, ¿Cómo se divertían los mineros?

—En el centro del mineral se formó un pue-

blo llamado "Placilla". Allí era donde los mineros iban a solazarse de noche. El juego, el amor, el ponche y todos los vicios le hacían consumir en una hora el producto de su trabajo. La "Placilla" era una Babel, la confusión no de las lenguas, sino de todas las fortunas de Chañarillo.

—Y como fue esa historia de un pueblo de hombres sin mujeres?

—Ah, eso fue cierto. Más de mil hombres, vivían sin cargar la cruz; quiero decir sin mujeres. Convencidos, pues mis paisanos de que, por punto general, no hay mujer buena bajo el sol; de ser ellas las que corrompan a los pobres hombres; de que si esos roban, beben y enamoran es porque las susodichas mujeres le obligan a que roben, beban y por supuesto enamoren. Se consideró convicto al sexo femenino de ser la causa de los desórdenes del mineral, constiguieron que la policía lo limpiase de mujeres.

Todo se remedió con expulsar a las mujeres de Chañarillo y con declararlas allí un artículo de contrabando. Por lo demás, aquello fue un portento social. Hombres barriendo, hombres lavando, hombres espumando ollas, hombres haciendo la cama, hombres friendo empanadas, hombres bailando con hombres, hombres cantando "La extranjera" y hombres por todo y para todo: eso era colonia de maricos, un cuerpo sin alma, un monstruo cuya vista reclusa y que no era la cosa menos notable de nuestro Chile.

—No sé, me parece que usted exagera un poco. Pero, en fin al despedirnos, puede agregar algo más.

—A vista del contraste entre Copiapó que fue, el que luego vimos y el de ahora, tienen mucha razón algunos para exclamar, llevándose ambas manos a la cabeza; ¡Quién te vió y quien te vé!

(NOTA: Todas las respuestas, están sacadas del libro Artículos de Costumbres (1841—1847) de Jotabeche, editado por Zig-Zag).